

January 1977

Jorge Isaacs, Precursor del Modernismo Literario en Colombia

Dr. Ignacio Rodríguez Guerrero

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Rodríguez Guerrero, D. (1977). Jorge Isaacs, Precursor del Modernismo Literario en Colombia. *Revista de la Universidad de La Salle*, (2), 35-52.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Jorge Isaacs, Precursor del Modernismo Literario en Colombia

Dr. Ignacio Rodríguez Guerrero

(Conferencia escrita para el VI Festival Nacional de Arte de la ciudad de Cali).

INTRODUCCION

Desde mi infancia escuché de boca de mis abuelos las excelencias de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, forjadores, como Jorge Isaacs, de lo moderno en los campos de la pedagogía universal. Don Serafín y don Manuel Guerrero fueron los insignes benefactores de los hijos de San Juan Bautista de La Salle cuando fundaron su primera casa en Colombia, en 1874. Estudié en textos de G.M. Bruño, y varios libros de consulta de mi biblioteca pertenecen a esa afamada colección. Es por ello que naturalmente aflora en mi espíritu la constante admiración por los triunfos logrados por la Congregación Lasallista en el mundo.

Tratándose de Jorge Isaacs y del Valle del Cauca, siento el fundado temor de que quizá no podré ser totalmente imparcial en mis juicios.

Uno y otro, el hombre y el paisaje, están mucho más ligados a mi vida que la liana al tronco que la sustenta.

En la hermosísima comarca donde me cupo en suerte nacer, en el alcor sereno y fértil que el Galeras enseñoorea con su magnificencia incomparable, muchas veces oí de labios de

mis antepasados hablar con nostalgia y entrañable afecto del Valle del Cauca, como de la primera cuna neogranadina donde se establecieron sus progenitores peninsulares en el siglo XVII.

Mi abuelo materno, el docto bibliófilo D. Manuel Santiago Guerrero, fue amigo de Jorge Isaacs, cuando el poeta caleño, avocindado en Popayán, desempeñaba funciones de supervigilancia docente, en los días en que César Conto ejercía la Presidencia del Estado Soberano del Cauca.

Y en los albores de mi adolescencia, cuando la vida afectiva y sentimental comenzaba a revelármese con su engañoso encanto, fue la novela de Isaacs el libro predilecto mío para encauzar y expresar los sentimientos que entonces me dominaban.

Con estos antecedentes, y otros muchos de que hago gracia al ilustrado auditorio que tiene la gentileza de escucharme, no es difícil advertir que la situación mía no es, en realidad, la de un juez, sino la de un admirador a quien, ante todo, seducen el autor y los temas que ha escogido para su disertación.

De otra parte no se me oculta el contrasentido que se forma de que un simple aficionado como yo, llegue a esta espléndida comarca, que no es la suya, a hablar a los nativos de ella de asuntos que conocen más y mejor que nadie, puesto que con ellos están familiarizados desde que abrieron los ojos a la luz de este va-

lle espléndido, que es como el marco o necesario escenario donde la acción de las poesías de Isaacs, y, desde luego, la de su novela inmortal, se desenvuelven.

Una sola justificación podría tener mi presencia en este sitio, y consiste en que mi voz es la del observador desprevenido que desde una apartada y solitaria colina, que le sirve de observatorio, contempla un espectáculo que los demás, aquellos a quienes ahora se dirige, ven desde mucho más cerca, apreciando por ello los detalles, pero con dificultades, por la misma cercanía en que se encuentran, de poder apreciar los panoramas en conjunto, para lo cual, es claro, está en más propicia situación el primer observador.

Cuando meditaba en el tema que podría desarrollar en esta conferencia, para corresponder a la obligante invitación de la gentilísima doña Maritza Uribe de Urdinola, admirable Directora Ejecutiva del Sexto Festival Nacional de Arte, creí que ninguno más adecuado a las circunstancias de tiempo y de ambiente que el que con la poesía de Jorge Isaacs hiciese referencia.

Cuando se habla del insigne caleño, inmediatamente que se enuncia su nombre, por asociación de ideas surge también el de su novela inmortal, dejando como en una discreta penumbra de olvido otras obras del autor, inclusive sus admirables poesías.

Lo propio ocurre con otros genios de la humanidad, con Cervantes por ejemplo, con cuya vida tiene tantos puntos la del novelista caucano. La historia del Ingenioso Hidalgo de la Mancha desplazó de la mente del público otras obras suyas capitales, así tuviesen el seductor encanto, la medular vitalidad de invención y estilo de la Galatea, de las Novelas Ejemplares, de los Trabajos de Persiles y Sigismunda.

Pero las poesías de Isaacs tienen verdadero valor intrínseco, brillan con luz propia y habrían bastado, sin duda, para colocar el nombre de aquel en sitio preeminente en el Parnaso colombiano del siglo XIX así no hubiese brotado de su pluma el milagro de amor y belleza poética que es la novela *María*. No todo, desde luego es oro de la más pura ley, que aquí y allá el ojo avizor y las exigencias del buen gusto descubren tal cual aleación de similar, que no alcanza, sin embargo, a demeritar el valor del conjunto. Triste tributo de la humana naturaleza, que con idéntico imperio tizna de imperfección la trova anónima y volandera del mester de juglaría que los trabajados hexámetros en los que Homero fijó, con aquilino vuelo la altura que alcanzaría la inspiración del más grande de los poetas del mundo antiguo; lo mismo el romance de ciegos que se oye en ventorros y caminos, en zocos y portales, que la escala lumínica de los tercetos inmortales por la cual subió el genio del Dante desde los tenebrosos abismos de la ciudad doliente, donde reina el eterno dolor y

se acaba toda esperanza, hasta el azul empíreo donde toda bondad tiene su asiento y espera el amor, en el perenne símbolo de Beatriz.

El 24 de junio de 1864 —hace hoy 102 años, justos— catorce socios de El Mosaico, José María Samper, José Manuel Marroquín, Ezequiel Uricoechea, Ricardo Carrasquilla, Anibal Galindo, Próspero Pereira Gamba, Diego Fallón, José María Quijano Otero, Rafael Samper, Teodoro Valenzuela, José María Vergara y Vergara, Ricardo Becerra, Salvador Camacho Roldán y Manuel Pombo, suscribían en Bogotá el sobrio y conciso prólogo, de cinco cortos párrafos, a la primera edición de las poesías de Isaacs, un modestísimo opúsculo de 88 páginas, que es hoy estupenda rareza bibliográfica. En ese estrecho ámbito se agrupan las poesías juveniles del bardo caucano, cuya lectura tan grata impresión causó en el ánimo de los avezados contertulios de aquel círculo literario, de tan disímiles tendencias y gustos estéticos, pero unidos bajo el común denominador del culto de la belleza. Es la primera compilación poética del autor, circunscrita, desde luego, a mostrar lo más característico de la poesía isaacsiana juvenil.

Desde luego, conocemos otras ediciones de poesías de Isaacs, de ellas ninguna realmente completa: la de la *Biblioteca Popular*, de D. Jorge Roa, que inicia el tomo X de ella, editado a principios de este siglo, con un total de 40 páginas; la de Editorial Maucci, de Barcelona, que es el

tomo VI de la Colección de Escritores Americanos, de D. Ventura García Calderón, con prólogo del maestro Sanín Cano, sin fecha, pero que vio la luz con posterioridad a 1910, con 221 páginas de lectura; la de la Biblioteca Mundial Sopena, de Buenos Aires, impresa en 1938, a continuación de la novela *María*, con 49 páginas; la de Aguilar de Madrid, en la Colección Crisol, también en seguida de *María*, recopilada por Sergio Mejía Echavarría, tan deficiente como las anteriores y con inaceptables mutilaciones, que se editó en 1961, y en fin, la del mexicano Angel Pola, tampoco completa, pero que es, a nuestro parecer, la mejor de todas, pero la menos conocida, por lo que es también, como la del Mosaico, una rareza bibliográfica.

Estas son, hasta el momento, las fuentes bibliográficas —todas deficientes— de que es posible disponer para el estudio de la producción poética de Jorge Isaacs.

Una breve glosa se me permitirá al margen de estas referencias, porque es oportuna: para el número correspondiente a diciembre de 1964 (Vol. VII N° 12) del *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Bibl. Luis Angel Arango, del Banco de la República, que dirige el Dr. Jaime Duarte French, compuse un relativamente amplio estudio sobre las ediciones poéticas de Isaacs, demostrando, con no escasa documentación cuán incompletas estaban todas, y transcribiendo numerosas poesías

del bardo caucano, que en ninguna de aquellas ediciones figuraban, y que me fue fácil transcribir de textos conservados en mi Hemeroteca particular.

Por el mismo tiempo, para el tomo XIX, N° 3 de *Thesaurus*, Bol. del Inst. Caro y Cuervo, correspondiente al trimestre septiembre-diciembre de 1964, que apareció en los primeros meses del año siguiente, un investigador norteamericano, Donald Mc Grady, hizo un estudio similar, con idéntica intención. Es claro que sin acuerdo previo ni influencia recíproca, coincidimos en varias referencias, que él aportó varias poesías de Isaacs, no impresas en volumen, a que yo no me había referido, y que yo, en cambio, transcribí otras de las cuales el erudito norteamericano parece no tenía noticia. Todo esto con una pequeña diferencia: que el ilustre investigador de la Universidad de California, Santa Bárbara, merced a una oportuna beca del Social Science Research Council, pudo —además de contar con los excelentes fondos librescos de las Bibliotecas universitarias y públicas de su país— desplazarse a diversos lugares, en procura de poesías de Isaacs dispersas en periódicos y revistas de muy difícil acceso; en tanto que yo, para redactar ese trabajo, no tuve necesidad de moverme de la Biblioteca de mi casa solariega en Pasto. Como quiera que sea, Donald Mc Grady y quien tiene el honor de hablaros, simultáneamente, pero sin previo acuerdo, coincidimos en mostrar las amplias lagunas y notorias deficien-

cias de todas las ediciones poéticas de Jorge Isaacs, hasta ahora conocidas, y que han de servir de instrumento o fuente de la investigación literaria, hasta que alguna entidad o persona tome el buen acuerdo de llevar a término una edición crítica y completa de los versos de Isaacs, como sí se ha hecho con su novela inmortal, y se continúa haciéndolo, cual lo demuestra la preciosa reedición de *María* que en tiraje limitado publicaron Carvajal & Compañía, de Cali, por las navidades de 1965.

Quizá la más difundida de las compilaciones poéticas de Isaacs es la barcelonesa de Maucci —en la Biblioteca de García Calderón— ulterior a 1910, porque en ella se alude al gran premio que había obtenido esa editorial en la exposición universal de Buenos Aires, en 1910. Sin embargo, en la advertencia preliminar de los editores se lee: “Estamos seguros de sorprender a más de un lector americano al decir que los versos del inolvidable autor de *María* no han sido editados nuevamente desde que se publicaron en libro, en 1864...”. Y claro que tenían que sorprenderse los lectores, no de que tal reimpresión no se hubiese efectuado, desde 1864, sino de la afirmación editorial, totalmente alejada de la verdad, pues con posterioridad a la edición de “El Mosaico”, a que aludió Maucci, había aparecido la de Roa, en la *Biblioteca Nueva*, a principios de este siglo, y, posteriormente, en 1907, la de Angel Pola la menos deficiente de todas, hasta hoy.

“Hemos añadido a continuación, —siguen diciendo los editores barceloneses— todos los versos de Isaacs publicados en diarios y revistas colombianos”. Lo que, en realidad de verdad, no pasó de buen deseo, sin cumplimiento efectivo de ninguna clase.

El maestro Sanín Cano, en el prólogo al libro editado por Maucci, incurre en las mismas inexactitudes que el editor, al afirmar que por entonces —después de 1910— la de “El Mosaico” era la única edición de las poesías de Isaacs que en ese tiempo existía. (P. 12). Lo que reitera más adelante, cuando textualmente escribe: “Desde 1864 hasta ahora no se ha hecho una nueva edición de sus poesías” (P. 14). No es todo. Y, como si fuera poco lo anterior, Sanín Cano insiste en su insostenible error, al hablar después, en este prólogo, de “la edición única de 1864...” (P. 20).

La autoridad de Sanín Cano, muy merecida por cierto, parece que invita a rectificar sus equivocadas afirmaciones a propósito del tema que nos ocupa.

La segunda edición del libro de versos del poeta caucano se hizo en Buenos Aires, en 1879, con prólogo de José Manuel Estrada. Se difundió en los países del Sur, y parece que es harto desconocida en Colombia.

En realidad, la segunda edición colombiana de las *Poesías*, de Isaacs,

en la selección muy cuidadosa de su paisano Jorge Roa, fue la del tomo X de la *Biblioteca Popular*. Sigue el orden de la de "El Mosaico", de 1864, y fue seguramente la muerte de Isaacs, ocurrida en Ibagué en 1895, lo que determinó la inclusión de sus poesías en la serie bibliográfica mencionada. Así se deduce, al menos, de la lectura del sentido *Prólogo* con que se inició esta selección antológica, debido también a la pluma de Roa.

Entre 1864, año de la edición isaacsiana de "El Mosaico" y la segunda edición colombiana de la *Biblioteca Popular*, transcurrieron más de tres lustros. Pero no obstante eso, y el haber publicado Isaacs en ese lapso de tiempo no pocas poesías, como lo reconocen sus editores, es muy escaso el caudal de producciones ulteriores al 64 con el que se enriqueció la segunda edición bogotana. "Isaacs —dice el prólogo de ésta— continuó rindiendo culto a su musa propicia, y en el decurso de treinta años se puede decir que no hubo hoja periódica entre nosotros que no se honrara con la publicación de alguna de sus obras poéticas. . ." (P. 4).

Por otra parte, esta edición isaacsiana, debida a Jorge Roa, constituyó una especie de reparación, de los literatos de fines del siglo, a la memoria de Isaacs, cuya muerte no fue tenida en cuenta por los gobernantes de entonces. De este modo lo recordaba, tristemente, el prologuista: "Jorge Isaacs nació en Cali en 1837,

y murió hace un mes en Ibagué. Recordamos que ha poco la corte de Inglaterra vistió luto por la muerte de Tennyson, y que el cadáver del poeta laureado fue conducido con regia pompa al cementerio de Westminster. A Isaacs, que es gloria nacional, no se le ha tributado ningún homenaje póstumo. ¿Habremos descendido tanto para no honrarnos a nosotros mismos honrando a nuestros grandes hombres? . . ." (P. 5). Este prólogo está fechado en abril de 1895.

La edición de Maucci, de las poesías de Isaacs, es, desde luego, mucho más completa que la de Roa, que no pretendió jamás, como los otros editores, dar la totalidad completa de aquellas, sino una simple selección. Pero faltan en ella piezas importantes de la producción lírica del bardo caucano, aparte de que algunas, como *Zoraida* (P. 78), como *Saulo* (P. 204), etc., ostentan mutilaciones y descuidos que quitan a esta edición casi todo valor como elemento de juicio para el estudio de aquella. Observación que puede aplicarse a todas y cada una de las 5 ó 6 ediciones de versos de Isaacs, aparecidas hasta hoy, lo que hace desear, repito, una verdadera edición crítica y completa de aquellos.

La edición de la *Biblioteca Mundial Sopena* es, ante todo, como las demás de esta Casa, de simple divulgación popular. Agrupa un total de 55 poesías. Faltan algunas. De otras, como el poema *Saulo*, sólo se publican fragmentos.

La de Aguilar, en la colección *Crisol*, si de hermosa presentación exterior, como casi todas las de esta conocida editorial española, adolece de graves descuidos, omisiones y mutilaciones, que la demeritan por completo. La recopilación de las poesías de Isaacs y la introducción que va al frente de ellas, se deben al señor Sergio Mejía Echevarría, quien no aporta nada nuevo ni en la crítica ni en la bibliografía isaacsianas.

Al vuelo podrían anotarse, entre otras, estas deficiencias: En el soneto *La Tierra Madre*, no figura el epígrafe de Esquilo, que ostenta el original. El cuarto verso del primer cuarteto, está trabucado. Dice:

cantos de mi niñez y amor

PREFIERO.

Debe decirse:

cantos de mi niñez y amor

PRIMERO (P. 456).

Descansa guerrero (P. 469) y *En la noche callada* (P. 478), pasan aquí como originales de Isaacs, siendo, en realidad, versiones poéticas, aquella de Dymon, ésta, de Moore. La cuarta estrofa de *Zoraida* ha sido aquí totalmente omitida.

Idéntica mutilación en las ediciones de Maucci y de Sopena, lo que prueba que los editores fueron copiándose unos a otros los textos mú-

tilos, servilmente, sin el menor sentido crítico, ni interés por restaurar los auténticos.

Las muestras que aquí se ofrecen de *Saulo* (P. 486) no dan la menor idea de lo que es el canto I del poema, único que se conoce. *La Tierra de Córdoba* ha sufrido en esta edición de *Crisol*, de Aguilar, mutilaciones tan arbitrarias como inaceptables. Toda la sexta parte del poema, con un total de 32 versos, fue omitida, con lo que se descabaloó una de las ideas fundamentales de aquel. No es raro, además, encontrar pruebas del reiterado descuido con que se imprimió el volumen, como en el tercer verso del romance *Elena*, (P. 548). Y así en otros casos.

La ordenación de las poesías sigue, en la edición mexicana de Pola, un criterio enteramente arbitrario. Haber respetado el sistema cronológico, habría sido quizá lo más puesto en razón. Isaacs acostumbraba a poner al pie de cada poesía suya el año en que fue compuesta. D. Angel Pola no respetó aquí esta indicación del poeta. Hay composiciones que están inútil, inexplicablemente repetidas en el mismo cuerpo del libro: tal *La Oración* (P. 66), que se repite textualmente, con el aditamento de una quinta estrofa nueva, más adelante, con el título, extravagante y prosaico, de *Un nuevo motor* (P. 122). Tampoco en esta edición se tuvo cuidado de indicar que *En la noche callada*, (P. 96) es una versión de Thomas Moore, y no un poema original, como allí aparece, y como lo juzgan

muchos que ignoran la literatura inglesa. Por cierto que la traducción de Isaacs es muy libre, casi perifrásica, como se advierte a la simple comparación de ella con el texto original. . .

En fin, se hizo aparecer aquí, como de Isaacs, un hermoso soneto, *Ira Santa* (P. 136), que no es del bardo caucano, sino de un poeta posterior, de la generación intelectual de *La Lira Nueva*, de Ismael Enrique Arciniegas. Este error de Pola originó una polémica entre el poeta santandereano y quien tiene la honra de dirigiros la palabra en estos momentos, a raíz del cual Arciniegas redactó su famoso "Palique de *Ira Santa*", que se publicó en *El Radio*, de Pasto, en el verano de 1933, en donde demostró plenamente la paternidad del discutido soneto.

Al lado de estas incorrecciones y deficiencias, la edición de Pola ostenta características que la hacen recomendable, y que, en todo caso, la sitúan por encima de cuantas colecciones del poeta caucano se han hecho hasta la fecha.

Figura en esta edición mexicana la elegía *Hortensia Antomarchi* (P. 76) que en ninguna otra aparece. Tampoco figuran en otras colecciones los cuatro sencillos y tiernos cuartetos del poemita *El regreso* (P. 114), ni los dos de *En la tumba de un suicida* (P. 125), ni el *Himno de guerra colombiano* (P. 133), cuya historia cuenta con tan interesantes detalles el eminente biógrafo de

Isaacs, Luis Carlos Velasco Madriñán, en su precioso libro *El Caballero de las Lágrimas*. Ni corre en otra parte, distinta de la edición mexicana, la sobria octava elegíaca, "dedicada a Julia O. de Isaacs, esposa de Carlos Isaacs, hermano de Jorge, muerta en Cali, Cauca, en junio de 1889".

Sólo exigüos fragmentos del poema *Saulo* vieron la luz en las restantes colecciones de sus versos, en selecciones tan deficientes o impropias que no dan la menor idea del plan ni de la grandiosidad de aquel.

D. Angel Pola, en cambio, tuvo el buen acuerdo de reproducir en su integridad las treinta estancias del canto I de *Saulo*, que el poeta dedicó al general Julio A. Roca, Presidente de la Confederación Argentina, con palabras de todos conocidas.

La edición mexicana de las *Poesías* de Isaacs, es, pues, la menos defectuosa de todas las conocidas, pero deja, no obstante, mucho qué desear. Lo que significa que no disponemos hasta hoy de una edición crítica y verdaderamente completa de sus versos. Isaacs tuvo en ello mala suerte. Parece que todos sus editores, de Maucci a Sopena, de Pola a Manuel Aguilar, no tuvieron otra mira que la del simple mercantilismo editorial, sin pizca de responsabilidad intelectual y de sentido crítico.

Los flamantes recopiladores de las poesías del lírico caleño, se han contentado hasta aquí con copiarse unos

a otros, y en copiarse cada vez peor. Pero minucioso escrutinio de lo publicado y lo inédito de Isaacs, investigación exhaustiva de las producciones poéticas del bardo caucano, dispersas en periódicos y revistas de Colombia y del extranjero, absolutamente ningunos.

En estas deficientes condiciones bibliográficas, respecto a las Poesías de Isaacs, tienen que trabajar cuantos se dedican al estudio de la obra lírica del insigne autor de *María*.

* * *

Aún hay algo más inexplicable todavía: Se han escrito magníficas biografías de Isaacs, como las de Mario Carvajal y de Velasco Madriñan; excelentes apreciaciones sobre su novela idílica, desde la primigenia de Vergara y Vergara hasta la de Rafael Maya, pasando por las de Max Grillo, Cornelio Hispano y cien comentaristas más. Pero sobre las Poesías del bardo caucano, casi nada, muy poco, y esto, sin el vigoroso arranque ni la suficiente amplitud que requería el tema. El prólogo de Sanín Cano a la edición barcelonesa de que hice memoria, es de lo menos denso que trazó jamás la pluma del eminente humanista antioqueño; parece obra de compromiso, escrita bajo el apremio de urgencias editoriales, sin mayor meditación ni sosegada consulta. Las páginas de Gómez Restrepo sobre la poesía isaacsiana, que corren en el volumen IV de su *Historia de la Literatura Colombiana*, estrictamente limitadas a la compendiosa

información que podría darse de un poeta en obra semejante, sin olvidar que la mayor parte de las referencias del crítico a propósito de Isaacs son acerca de la novela, no de la poesía, que en buena parte se limita a transcribir en períodos antológicos. Y por este estilo, lo que otros —muy escasos— escribieron acerca de idéntico tema.

Pero sí el colmo y lo inverosímil, a este propósito es lo que ocurre en una obra extensa, especializada, por otra parte muy meritoria, que escribió el ilustrado jesuíta Padre Eduardo Ospina acerca de *El Romanticismo: sus caracteres esenciales en la poesía lírica europea y colombiana*. Pues bien, a lo largo de las cuatrocientas cuarenta y tantas páginas, de apretada lectura, de obra tan interesante, erudita y bien escrita, y entre un alud de nombres colombianos y del resto del mundo, no se menciona ni una sola vez, absolutamente para nada, el nombre de Jorge Isaacs, el poeta romántico colombiano por excelencia, y autor de la novela *María* por añadidura. . .

¿Qué pensar de este desvío? ¿De este infortunio que sobrevive a Isaacs y que lo acompaña más allá de la tumba en la persona de los críticos de sus poesías?

* * *

Isaacs fue como poeta un producto del romanticismo, muy atemperado, es cierto, pero romántico al fin. La feliz confluencia de diversas san-

gres que se operó en su persona, sobre todo la mezcla de la cepa oriental, semítica y árabe, con la hispano-italica de la línea materna, propició en el poeta no sólo una peculiar modalidad de expresión, típicamente suya, en la que se adunaban excelencias de las tres razas ancestrales en presencia, sino también un poder de captación extraordinario, que le evitó el ser absorbido o dominado por una sola influencia —la romántica— puesto que simultáneamente influyeron en el poeta otras tendencias disímiles que neutralizaron los excesos de aquella, estableciendo uno como equilibrio estético, que es el dominante en su producción lírica.

Mientras más releo las poesías de Isaacs; mientras más medito en torno a sus destacadas características, más me convengo de que en el poeta caucano podemos ver un remoto precursor del modernismo literario, que cobró en Colombia carta de naturaleza, a partir de la aparición de *La Lira Nueva*, de Rivas Groot, en 1886, que coincide con el principio de una radical transformación político-administrativa de la República, que abandona el federalismo democrático para implantar, en cambio, un régimen autoritariamente centralista, contra el que habrían de irrumper algunos poetas de la época, y otros que en pos suya aparecieron en el escenario de la literatura nacional.

Es indudable que Jorge Isaacs no siguió servilmente las huellas de sus antecesores románticos, ni en la literatura universal ni en la neo-granadi-

na en particular. Nada, o muy poco, tienen que ver con él los grandes románticos, cuyo imperio ostentaban, hasta los días de la juventud y de la virilidad de Isaacs, las victoriosas banderas desplegadas a todos los vientos y a los horizontes todos de la patria. No fue Isaacs neo-clásico, ni académico puro, ni romántico servil, a la manera de muchos que movían el plectro sólo al compás de extrañas influencias, sin un conato de insurgencia o de innovación.

Por el contrario, en Isaacs advierto sin esfuerzo su tendencia a renovar algunas formas literarias, entradas en desuetud; a emanciparse de ciertos moldes que le parecían demasiado estrechos, para la cabal expresión de sus ideas y de sus sentimientos, incluso varias tendencias suyas, muy bien logradas por cierto, de ensayar, si no nuevas formas métricas, —que para su época todas se habían ensayado—, sí nuevas combinaciones, que a buen seguro encontrarían exóticas los lectores superficiales y poco avisados en estos menesteres de la versificación y de la rima.

En tiempos de Isaacs, es decir, a mediados del pasado siglo (XIX) manteniáse el uso generalizado de la estrofa de ocho versos endecasílabos, aconsonantados, ya en la forma de octava real, ya en la de octava italiana, es decir, con seis endecasílabos eslabonados y los dos finales pareados. Modalidad tan antigua como el Canciller Ayala, y quizá más, pero que fue evolucionando, a través de varios siglos, merced a las innovaciones introducidas a esta estrofa, ya en

la combinación de la rima, ora en la composición métrica.

Isaacs modificó este sistema tradicional, utilizando en más de una oca-

sión una curiosa octava en que los versos 2, 4 y 6 riman asonantados, los versos 1, 3 y 5, están libres o sueltos, y los versos 7 y 8 son pareados aconsonantados. Así en *Río Moro*:

... La fúnebre viragua repetía
sus trinos que saludan al invierno,
y luces de topacio y de diamante
te daban del relámpago el reflejo;
en las cavernas tu rumor ahogando
tristes gemidos modulaba el viento:
así admiré su pompa y hermosura
entre las sombras de la noche oscura...

Como se ve, esta forma métrica es un verdadero hallazgo de Isaacs, no registrado hasta entonces por los preceptistas, y ni aún después por especialistas de la versificación, como Mario Méndez Bejarano, en *La Ciencia del Verso*; como Pérez y Curis, en la *Arquitectura del Verso*, o Ricardo Jaimes Freyre, en las *Leyes de*

la versificación castellana. Ni siquiera en tratadistas de versificación extranjera, como Quicherat en su *Traité de Versification*, como L. Bremont en *L'Art de dire les vers*, o como Jules Douady en *La prosodie anglaise*.

Así también en *La Oración*:

... Acentos quejumbrosos de la tarde,
suspiros que venían de la montaña...
los balidos trayendo del rebaño,
con los cantares que el labriego ensaya;
rumor confuso de sonora fuente,
helado cierzo que silbando pasas...
me alivia vuestra fúnebre armonía,
murmullos que al morir modula el día...

No de otro modo en *Lumbre de Sombra*:

... Hezme allí! ... Peregrino solitario
Viene a las pampas, de los niveos montes.
Salvaje trovador de los desiertos,
¿Qué busca en las ciudades de los hombres?
¿Gloria, excelsa virtud, amor? ... ¡Locura!
¿El haraposito lecho de Camoens?
¿Baja el condor de la región del trueno
A morir de los saurios en el cieno?...

Y de idéntico modo en *Hortensia Antemarchi*:

... En los labios amantes, que mis labios
sedientos de placer han comprimido,
hallé deleites, mas la dicha nunca;
tras de goce fugaz, nada y hastío:
mi obscuridad ya tarde lamentaba,
cansado de la gloria en el camino:
oí tu voz y mi alma dolorida,
no hallándote inmortal, amó la vida...

Esta renovación de las formas de la expresión literaria, es claro, no iban hasta darle la espalda a lo autóctono ni a sacrificar lo medular del idioma y lo fundamental de la estructura del verso, en aras de exotismos de dudosa traza o de novelerías de esas que suelen encadenar fácilmente a inteligencias subalternas, con la misma ingenua facilidad con que los conquistadores ibéricos cambiaban a los indígenas espejuelos y vidrios de colores, por tesoros auténticos, recatados en gleba protectora, cuyo verdadero valor éstos desconocían. Isaacs, aún en sus más decisivos instantes de la búsqueda de renovadores elementos literarios que remozasen su poesía, fue siempre fiel a lo suyo, a lo auténtico, a lo que era parte integrante de su propio ser y del ambiente que lo rodeaba.

teramente terrígenos, al calor de extrañas reminiscencias. Bien que hasta en tales ocasiones era patente que obedecía el poeta a influjos que personalmente no le eran por completo extraños, a modalidades orientales que él llevaba en su sangre semítica, en su imaginación oriental. Un ejemplo de ello es su linda poesía *Allá muy lejos*... que con gusto hubiera suscrito el Rubén Darío de la época de *Prosas Profanas*: (“... Veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis! ... Yo detesto la vida y el tiempo; y a un presidente de República, no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a tí, ¡oh Halagabal!, de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños...”).

Alguna vez, por excepción, dio cabida en sus versos a elementos no en-

En esto parecía estar de acuerdo Isaacs, cuando compuso su *Allá muy lejos*:

Por la selva azúrea do vagan las hadas,
De la excelsa luna al glauco fulgor,
iremos buscando las cosas aladas,
los pájaros de oro, los versos de amor,

Los lotos inclinan sus flores azules
 como las pupilas de ideal mujer;
 yo te cuento el cuento de las blancas Thules
 y beso tu boca de rosa de té . . .

Los pájaros tienen dorados los picos,
 hay muchos jardines de lirios de luz,
 y esbeltas palmeras de mil abanicos,
 y palomas novias y cisnes de tul.

Es la selva lejos de la fantasía,
 de los parques de ópalo y blanco cristal;
 un cielo de idilio, y amor, y poesía,
 y ensueños, y risas, y besos de paz.

Vénte, ¡diosa mía!. ¡princesa preciosa,
 de ojos soñadores, de labios de huri!
 yo pondré en tu frente una mariposa
 como un lazo rojo de un rojo rubí.

Y siempre buscando las cosas aladas
 de la excelsa luna al glauco fulgor,
 yo te diré cuentos de gamomos y de hadas,
 mientras tú te duermes en el corazón . . .

Ostentan factura enteramente moderna las estrofas de *Tus Ojos*, publicadas en 1870:

Son mi ley vuestros antojos,
 Mi infierno vuestros rigores,
 Ojos negros soñadores
 Más queridos que mis ojos.

Ojos que me prometéis
 Cuando me miráis vencido
 Lo que jamás es cumplido,
 ¿Perder mi amor no teméis?

Soñé que os encontraría
 Y os hallé para perderos,
 Ojos que negáis severos
 Lo que implora el alma mía

Bajo esas luengas pestañas
 Vuestra luz sorprendí en vano,
 ¡Bellas noches de verano
 De mis nativas montañas!

Ojos que me prometéis,
 Cuando me miráis vencido
 Lo que jamás es cumplido.
 ¿Perder mi amor no teméis?

¿No encontráis ciertas patentes similitudes externas, y de sugerencia interior, entre esos versos de Isaacs y esos otros de *Lied de los ojos amados*, que exornan las páginas del *Romancero* del poeta modernista argentino Leopoldo Lugones, compuesto medio siglo después, en 1924?:

Ojos dignos de sufrir
 Por lo inmensos en querer,
 Bajo el glorioso deber
 De adorar hasta morir.

Ojos nunca tan amados
 Como al implorar rendidos.
 Ojos nunca más queridos
 Que si se entregan llorados.

Pero aunque dicha sin par
 Den así a mi alma doliente,
 Amor, amor inclemente,
 Nunca los haga llorar . . .

Estaba, pues, en lo cierto, el perspicaz sentido crítico de Eduardo Castillo, cuando en un breve artículo suyo sobre el centenario de Isaacs, advertía que su inmortal novela bastaría para su gloria, "si no existiese también su obra poética, donde se advierten ya vislumbres anticipadas de lo que años después se llamó el modernismo . . .". Y Guzmán Esponda, cuando destacó, a propósito de las variaciones que Isaacs hizo a la octava real: "Hoy se sostiene mucho mejor

para el oído esa octava con sordina, que el tremendo redoblante de la forma italianesca, ensalzada por Martínez de la Rosa y amada especialmente por D. Miguel Antonio Caro . . .".

Pero no sólo por ese aspecto. También por otros se puede considerar a Isaacs como un innovador de la poesía colombiana, particularmente por su tendencia al simbolismo, que le permitió escribir, bajo ese signo, las treinta estancias del Canto I de su

poema *Saulo*, obra de su madurez, del cual diré, guardadas proporciones, que es al resto de su obra poética lo que el segundo *Fausto* es al primero, en las producciones de Goethe. En realidad, la hermosa columna mutila del poema inconcluso, no permite formarse idea cabal del desarrollo que hubiera tenido la obra, en su total culminación. Pero es evidente, por otra parte, que esos fragmentos en los cuales hace alarde y derroche de millonaria imaginación oriental, encierran una gran belleza verbal, plena de extrañas sugerencias. Parece que asunto principal del poema consiste en narrar la historia de un grande amor desgraciado, contrariado, en el que las convenciones humanas y los preceptos religiosos se interponen, como muralla insalvable, entre los amantes desventurados. "Todo debe ser amor", es el epígrafe que cristaliza y condensa el asunto completo del poema, "culto a lo bello, a la

verdad y a lo excelso", como lo calificó el propio Isaacs en su dedicatoria al General argentino Roca.

Quizá en los legendarios amores medievales del docto Abelardo y de la bella Heloisa, la sobrina del canónigo Fulberto, podríamos encontrar, la génesis de la inspiración de *Saulo*, en el que esta nueva Heloisa americana, protagonista del poema, encarna el amor en lo más noble y fatal de su significado, en la proteica personificación de arcángel y mujer, de Safo y Débora, de Psiquis y Diana, de Susana y Bethsabé, de Sulamita y Ruth a que el poeta alude en las diversas estancias de su canto. Y a la lucha desesperada que se entabla entre las tiránicas exigencias de un amor vehementísimo y los prejuicios curialescos que lo estorban y estigmatizan. Así, al menos, lo sugieren algunos fragmentos del poema inconcluso:

¿A do vamos? ¡No sé! ¿Tu lo adivinas?

¿Del Guayas a morar en las riberas?

¿Del Cali rumoroso en las colinas?

¿Del adormido Funza en las praderas?

¿Del Aures en las faldas montesinas?

¿A dónde al fin?

—Yo... ya... donde tú quieras

—¿Y ofende tanto amor leyes divinas?

—¡Gozosa moriré donde tú mueras!

—La envidia vil y el vulgo, soberanos...
que venden su sanción, si paga el oro...

—Las joyas de mi cuello y de mis manos...

y nada para mí, sino el tesoro

de tu alma que hirieron inhumanos:

nada más para mí... porque te adoro!

(Fragmento XI)

Y en este otro pasaje:

... Sólo tú me quedabas... ó la muerte:
todo mi amor para saciarte... o suya!

¿La eternidad sin tí? ... ¡La vida y tuya!

Tu sublime demencia

de amor, nunca en el mundo antes sentido,

o lo espantoso de la tumba fría...

tu maldición y olvido!

¿Podrá ser que destruya
lazos que Dios formó la ley impía?

¿Podráse hacer que de tus plantas huya
tu sombra bajo el sol del medio día?...

Alzame de tu Dios a la presencia:
dile cuánto luché... cómo inocente,
sobre el sepulcro de la madre mía,
antes único amor de mi existencia,

Nació tu amor vehemente...
tal vez en mis ensueños anhelado,
frenético, indomable...

Díle que tú... que yo fui la culpable.

Si él, piedad y clemencia,
otro rebelde amor ha perdonado...

¿mujer que mucho amó fue perdonable?

¿Como te amo, mortal nunca fue amado!

Tu Dios es mi testigo;

¡Llévame al cielo; sin temor te sigo!

(Fragmento XXVII)

Y, en medio de todo —como principio y remate del poema— que es trasunto de la vida misma, el rito-

nello de la eterna e insaciable de-
manda amorosa:

Duerme tranquila que tu sueño espío,
y en cambio sólo aspiraré tu aliento,
cual en las siestas plácidas de estío
en los bosques del Maipo soñoliento:

No les temas al piélagos bravío,
ni de alta noche al huracán violento;
como mi alma en tus ojos, amor mío,
en la mar se contempla el firmamento.

—Dormir es ya no verte... y es morirme,

cuando más en mis ojos te embelesas;
 es a otro mundo, sin llevarte, irme...
 hazme creer que te oigo como en esas
 horas tan dulces... tu pasión decirme:
 ¡hazme sentir... soñar... que así me besas!

(Fragmento XXX)

Como se ve, aún en sus más audaces conatos de renovación poética, Isaacs fue, ante todo, fiel al sentido común, al equilibrio, a la claridad, a la medida, a la belleza auténtica, sin las mutilaciones a que la han sometido los bárbaros, ni los horrendos tatuajes con que la ha injuriado la repugnante sandez de sedicentes artistas y la nauseabunda locura de renovadores de estricote y de postín.

Cantó a las divas de carne y hueso que sembraron de ilusiones o de desesperanzas su camino, no a femeniles ficciones que nunca vio ni gozó, ni a entes metafísicos, ajenos a la realidad de la vida.

La naturaleza que esplende en sus cantos es la del Valle del Cauca, la del Cañón del Dagua, la de las colinas de Pubenza, la de los llanos tolimenses, la de la sabana de Bogotá, la hosca y primitiva de la Goajira y del litoral Atlántico; los ríos de sus poemas son el Zabaletas, el Anaime, el Nima, Río Moro, el Combeima, el Funza... Los vientos que hinchaban las velas de su nave, son los de nuestro medio geográfico, desde el Terral que avanza esparciendo los perfumes salobres de las selvas del Caribe, o las brisas del Mar de Balboa, que en los atardeceres caucanos templan el ar-

dor de la cánicula con su caricia refrescante.

Con todo eso, utilizando lo que le rodeaba, Isaacs tuvo alientos de renovador, y a ello inclinaban, en primer término, como ya se insinuó, las circunstancias de sus complejos ancestros, que si por una parte lo vinculaban con las tendencias de la suntuosa poesía oriental, israelita, con influencias arábigas e hindúes, lo identificaba por otra con elegistas ingleses muy conocidos, a quienes leyó en sus verdes años, sin olvidar la cepa española, con la que nunca perdió su arraigo vital.

Por todo esto, pues, Jorge Isaacs fue un precursor del modernismo en América Hispana, a la manera de Martí y de Casal, de Gutiérrez Nájera y de Díaz Mirón.

Empero, es curioso observar que críticos tan ilustrados y perspicaces de la Península, de fines del pasado siglo y principios del presente, como Valera, Menéndez Pelayo y Rubio y Lluch, que estudiaron la historia de la poesía en Colombia en el siglo XIX, particularmente la romántica y la premodernista, hubiesen pasado de largo, sin escribir juicio alguno acerca de Jorge Isaacs como poeta, a

tiempo que se detuvieron a estudiar y ponderar más de la cuenta los versos del respetable General Pinzón Rico y del ilustre jurista doctor Madiedo, y hasta de algunas mediocridades de nuestro parnaso, que yacen hoy en merecido olvido.

Y es tanto más de deplorar esta circunstancia cuanto que vemos, de otra parte, que en las ocasiones en que la crítica española coetánea de Isaacs se refirió a este, siempre fue en sentido peyorativo, con una incompreensión realmente inverosímil.

Tal el caso de los juicios del jesuita Pablo Ladrón de Guevara y del agustiniano Padre Blanco García, que reputan la novela de Isaacs, aquél, peligrosa por sus escenas apasionadas, y éste confusa, desmañada, sin habilidad narrativa, y, por

ende, muy por debajo de *Atala* y *Pablo y Virginia* . . .

Pero los años transcurren, pasan las modas literarias, cambian los gustos, las escuelas se transforman y hasta la fisonomía de la patria experimenta notorias mutaciones. La pátina del tiempo, como el limo de las inundaciones, borra muchos perfiles, soterra y oculta, a veces para siempre, nombres y obras que en su día brillaron con lumbre seductora. Sólo permanecen enhiestas, dominándolo todo, las más altas cumbres. Así el nombre y la obra de Jorge Isaacs, cotidianamente recordados, mientras la belleza del Valle del Cauca persista y en el imperio universal del espíritu tenga vigencia el sentimiento del amor, del dolor, de la muerte y de la eterna belleza.

Pasto, 21 de junio de 1966.

DATOS BIOGRAFICOS

El doctor Ignacio Rodríguez Guerrero nació en San Juan de Pasto en 1912, estudió con los Padres Jesuitas y en la Universidad de Nariño. Ha ocupado cargos diplomáticos y en tres ocasiones desempeñó la Rectoría en la Universidad de Nariño. El gobierno colombiano le otorgó la Cruz de Boyacá y España lo condecoró con la Orden de Isabel la Católica en grado de Comendador. Obtuvo en Barcelona el premio quinquenal y universal de literatura "Isidro Bonsons", con su obra "Tipos Delinquentes del Quijote". Es autor de renombre de más de quince volúmenes de carácter literario, histórico, crítico, poético y económico. Prepara en dos tomos la historia de la literatura colombiana, pertenecientes a la colección "Historia Extensa de Colombia".